

Biografías para
niñas y niños

Vicente Guerrero



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

SECRETARÍA DE CULTURA

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Vicente Guerrero



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

Biografías para
niñas y niños

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Vicente Guerrero



MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

MÉXICO 2021

Ediciones impresas:

Primera edición, INEHRM, 1986.

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2021.

D. R. © Martín López Ávalos, textos.

D. R. © Alberto Beltrán, ilustraciones de interiores.

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-214-8

HECHO EN MÉXICO.

TIXTLA

Un valle fértil y hermoso con bellas sierras y abundante vegetación, rodeado de arroyos de agua cristalina que permiten la irrigación de los terrenos de la región y que forman un lago pequeño pero bellísimo.

Temperatura fría en las alturas, tibia en los llanos y caliente en los bajíos; y vegetación gigantesca en las selvas... llanuras cubiertas de maizales en estío y de grama y flores en la primavera; bosques de ahuehetes. Una atmósfera embalsamada y un cielo en el que la luz solar se suaviza al través de una gasa de brumas.

Esta es una breve descripción de Tixtla, la tierra que vio nacer a Vicente Guerrero en 1783. Sus padres fueron Pedro Guerrero y María Guadalupe Saldaña. La familia no era rica; don Pedro trabajaba en las faenas del campo y en la arriería para sostener a la familia.

Vicente, desde muy chico, siguió el camino de su padre. Su infancia, como la de muchos de Tixtla, fue marcada por la pobreza.

En medio del paisaje de las vastas montañas de la sierra, Vicente fue formando su carácter, luchando día a día frente a una naturaleza, que, si bien podía ser generosa, también era dura. No tuvo oportunidad de aprender a leer y a escribir; debido a la necesidad de trabajar no pudo asistir a la escuela.

Por la arriería, que en esa época era el servicio de carga entre una y otra población para transportar mercancías diversas, don Pedro y Vicente se convirtieron en expertos en los caminos de la sierra y de la costa. Los Guerrero fueron ganando fama de buenos arrieros y de gente honrada, y por ello eran estimados por los pobladores de la re-

gión. Sin saberlo, al conocer la región y sus gentes, Vicente se estaba preparando para el futuro.

EL PUERTO DE ACAPULCO

Acapulco era el puerto principal de la costa del Pacífico y un importante centro comercial, en especial durante la llegada del galeón de Filipinas, llamado la Nao de China. El barco llegaba cargado de mercancías de Oriente una vez al año.

En esa época, la llegada de la Nao era un acontecimiento; los caminos de Chilapa, Tixtla, Chilpancingo e Iguala se llenaban de arrieros y comerciantes que iban y venía del puerto. Acapulco se convertía en un lugar bellísimo, con luces, puestos de mercancías y juegos.

Las telas de seda, las muselinas, las camisas de algodón, los perfumes, las esencias y todo tipo de objetos que llamaban la atención de la gente eran el atractivo de la Nao en Acapulco. Vicente Guerrero tuvo la oportunidad de observar junto con su padre este gran espectáculo. Fue una experiencia que nunca olvidaría.



SE INICIA EN LA LUCHA

Los viajes que Vicente Guerrero hizo como arriero, el contemplar otros lugares y conocer otra gente, cambiaron su forma de pensar. Se sentía insatisfecho, tenía deseos de cambiar su vida.

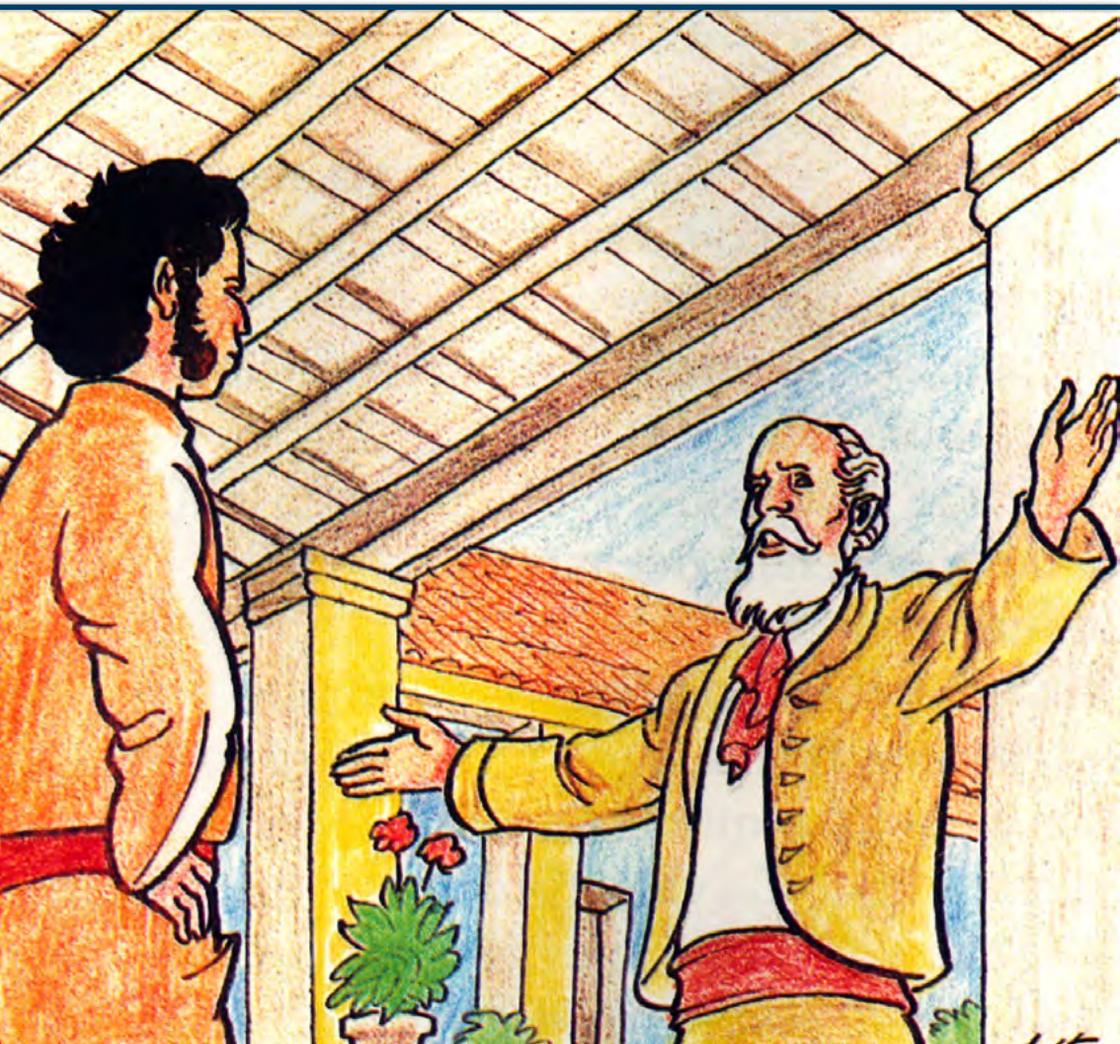
En 1810, el padre Hidalgo inició la lucha por la independencia del país. En el sur, los Galeana se unieron al movimiento libertador cuando Morelos y sus hombres pasaron por Tecpan en noviembre de ese año. Vicente fue convencido por ellos para que se les uniera, pues conocían la integridad y la valentía del hijo de don Pedro.

Para Vicente no fue fácil tomar esa decisión, pues su padre era partidario del gobierno español. Así; Guerrero tuvo que librar su primera batalla por la independencia en el terreno familiar:

—Pero, hijo, ¿por qué te quieres ir con los insurgentes? Es muy arriesgado —dijo don Pedro.
—Tengo que hacerlo, padre; hay que luchar para liberarnos del gobierno virreinal —contestó Vicente.

—Pero al gobierno lo sostiene un ejército numeroso y bien armado —afirmó don Pedro—, mientras que los insurgentes desconocen el manejo de las armas —agregó.

—Eso no me asusta, padre. Podemos conseguir las armas; se las quitaremos a los realistas —dijo Vicente.



—Tú ya no eres un niño al que se le puede detener —contestó don Pedro—. Sólo te digo una cosa: si sales de esta casa, no volverás a entrar a ella —concluyó.

—Está bien, padre, seguiré mi camino —contestó Vicente.

—¡No te vayas, hijo! —gritó doña Guadalupe.

—¡Déjalo que se marche! —le dijo don Pedro—. A partir de este momento te prohíbo que hables con él.

Así partió Guerrero de su casa en Tixtla, llevando los recuerdos de su niñez, de su madre y de María Nieves, la mujer de la que se había enamorado y con la cual tenía una hija, pequeña aún, llamada Natividad.

LOS PRIMEROS COMBATES

En los primeros catorce meses que Vicente Guerrero estuvo con las fuerzas insurgentes, participó en varios combates en los que pudo demostrar su valentía. Durante estas batallas Guerrero sufrió algunas heridas. Por su valor, demostrado durante los combates, le otorgaron el grado de capitán.

En Izúcar, el general Morelos le encomendó la defensa de la plaza ante el peligro de un ataque enemigo; fue la primera vez que Guerrero tuvo a su cargo la responsabilidad de dirigir la tropa. Sabía que no se podía dejar nada a la suerte y que había que planear con cuidado la defensa de la plaza.

El poblado se convirtió en una verdadera ciudad amurallada. Las fuerzas realistas eran superiores a los defensores insurgentes; el enemigo contaba con mil quinientos hombres y ocho cañones. Guerrero empezó a animar a sus soldados gritando consignas a favor de la libertad. Sus hombres le respondieron luchando con valor.

Ciriaco del Llano, el general realista, inició el ataque sobre Izúcar la mañana del 23 de febrero de 1812, pero, pese al empuje de sus hombres, los defensores de la plaza no cedían ni un palmo de terreno. Durante todo el día se sucedieron los combates con el mismo resultado: Llano atacando y Guerrero defendiendo.

Ante el fracaso de la toma de Izúcar, Llano fue llamado a Cuautla para apoyar a Calleja en el sitio contra Morelos. Guerrero ya no sería el soldado

anónimo, porque en Izúcar había nacido su fama como hombre tenaz e indomable.

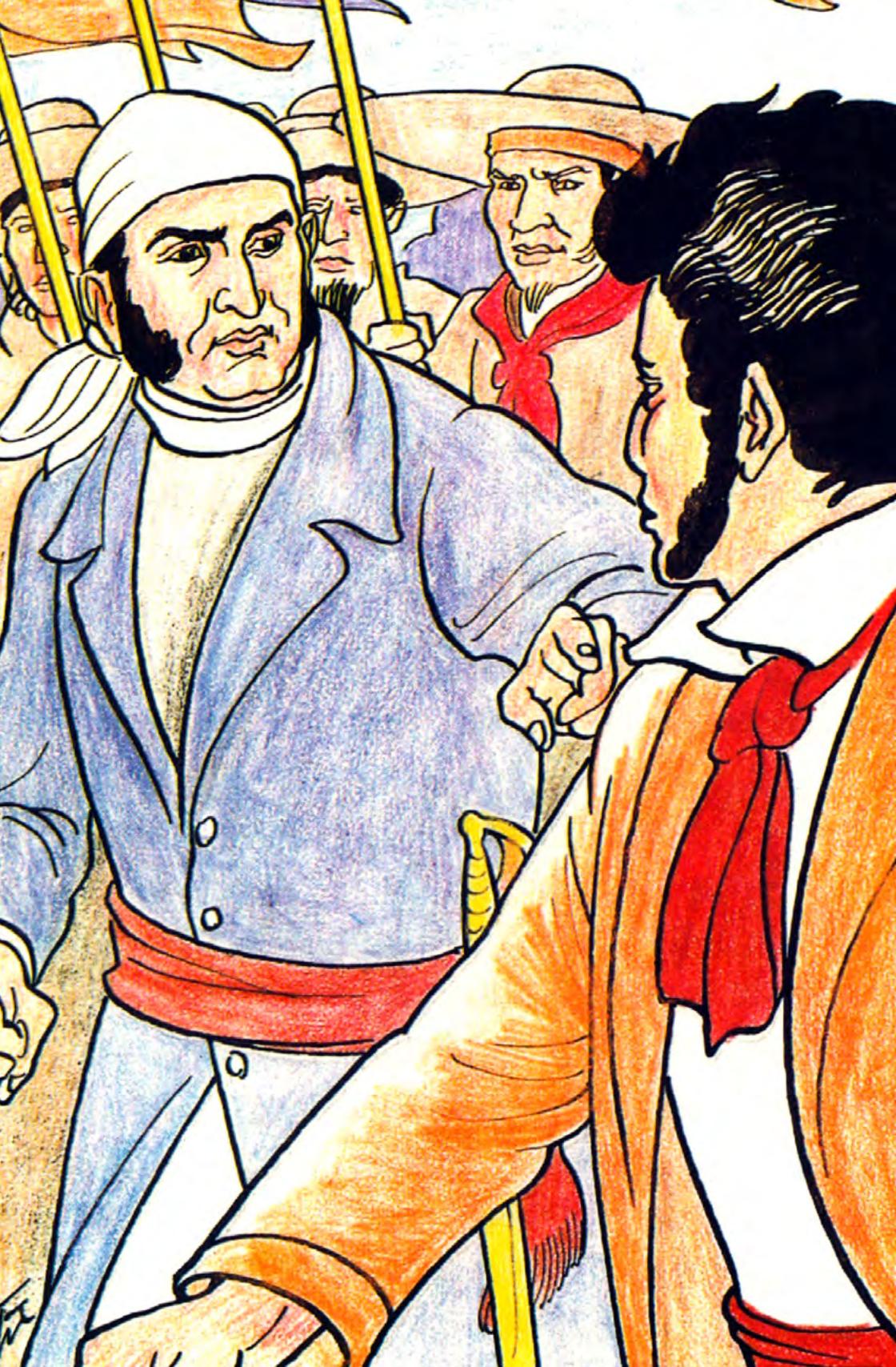
Guerrero siguió combatiendo en las tierras del sur de Puebla, a donde se trasladó después de la defensa de Izúcar. Más tarde se unió al general Morelos cuando éste logró salir de Cuautla. Lo siguió a Oaxaca y a la costa de Tehuantepec, derrotando a los soldados del gobierno virreinal.

Los constantes viajes con Morelos hicieron que Guerrero fuera adquiriendo una gran experiencia tanto militar como política que se reflejaría posteriormente.

Sus méritos en el terreno militar, así como su tenacidad y su lealtad a la causa, le valieron el ascenso a coronel.

LA ORDEN DE MORELOS

En 1814, ante el peligro de que el movimiento insurgente se fuera debilitando en el sur, Morelos encargó a Guerrero que sostuviera la lucha ahí, partiendo de inmediato, sin más ayuda que la de su ordenanza.



Largo iba a ser el recorrido que tendría que hacer para llegar hasta Zilacayoapam, donde se encontraría con Ramón de Sesma, jefe insurgente de la región. Su llegada fue bien recibida por la tropa, no así por Sesma, quien se mostró celoso por la popularidad de Guerrero e intentó deshacerse de él enviándolo con Juan N. Rosains, otro jefe insurgente.

Pero Guerrero no era tan ingenuo como para caer en la trampa, así que decidió que lo mejor era continuar solo. Un cronista popular recuerda este hecho:

“Envidioso estaba Sesma
De Guerrero y su prestigio;
Y fingiendo comisiones,
Con hipócrita artificio,
Orden le da de que encuentre
A Rosains en su camino...”.

Guerrero se encontraba casi sin hombres y sin ningún arma como no fueran palos y piedras. Trataba por todos los medios de evitar el combate; pero camino a la Mixteca se encontró con las tropas del realista De la Peña, separadas sólo por un río.

Decidido a atacar, Guerrero explicó la forma de actuar a sus hombres; les dijo que había que aprovechar la noche para sorprender al enemigo mientras dormía; los animó con la promesa de que, al ganar, todos tendrían armas y uniformes.

Así, a la mitad de la noche, cuando los realistas estaban dormidos, Guerrero llevó a cabo su plan: los atacó a garrotazo limpio. Sin saber qué hacer, los realistas huyeron despavoridos, dejando armas y alimentos. Cuando amaneció, los insurgentes contaban con cuatrocientos rifles, suficientes para armar un pequeño ejército. A partir de entonces, Guerrero comenzó su propia vida militar.

El pueblo cantaba:

“La de Guerrero era chusma,
Sin armamento ni vestido,
Desnuda, torpe, bisoña,
Pero rebosando bríos;
Y así les habla Guerrero...
‘¿No nos protege la noche?
¿No están ellos bien provistos
De caballos y fusiles
Municiones y vestidos?

...Avancen, sigan mis pasos,
Crucemos a nado el río
Que la victoria nos llama
Con cara de regocijo...”.

Guerrero, incansable, dominó parte de la región de la Mixteca. En marzo de 1815 venció a los realistas en Tlalixtaquilla, para luego hacer un fuerte en lo alto de un cerro de Tlamajalcingo. Ahí estableció una fundición para cañones y una fábrica de pólvora.

Guerrero no olvidaba las órdenes recibidas por Morelos. Envío al negro Juan del Carmen a reclutar gente en la Costa Chica y, para sorpresa de todos, lo logró. Guerrero se sintió muy reanimado por este hecho. Como general que era, nombró coronel y su segundo en el mando a Juan del Carmen y lo dejó en Tlamajalcingo mientras él reanudaba sus campañas militares.

Su objetivo era Tlapa, lugar estratégico por ser punto de unión entre las provincias de Oaxaca y Puebla. Se batió contra los realistas en Xonacatlan para derrotarlos y tener libre el camino. Con la

ciudad sitiada, sólo era cuestión de tiempo para su rendición.

Sin embargo, Morelos le envió un mensaje urgente para que se reuniera con él. Como soldado, obedeció la orden de un superior, pero no dejaba de lamentarse por no poder disfrutar de ese triunfo.

Pero mientras se dirigía a reunirse con Morelos, Guerrero se enteró de la captura de éste por los realistas. Con la captura de Morelos el Congreso quedó indefenso y le fue encomendado a Guerrero y a sus fuerzas que lo escoltaran hasta Tehuacán.

En el grupo había un sentimiento de tristeza por la ausencia de Morelos.

El movimiento insurgente perdía a un gran jefe y compañero; sin él se abría un vacío que nadie podía llenar.

EL CAUDILLO DEL SUR

A finales de 1816, la lucha por la independencia entraba en otra etapa. Muertos los grandes caudillos, lo que quedaba del movimiento insurgente se aglutinaba en torno a jefes locales. Los grandes



ejércitos insurgentes estaban fuera de combate, se necesitaba otra forma de lucha: la guerrilla, que consistía en atacar al enemigo a base de pequeños grupos armados sin presentar ataque frontal.

Para esta lucha se necesitaban hombres decididos, astutos y capaces de resistir una larga guerra a la defensiva. Vicente Guerrero sería el hombre que habría de personificar esta lucha.

Guerrero volvió a sus montañas del sur, a sus lugares familiares, en donde sabía que sería difícil que lo derrotaran, porque no había nadie que conociera como él esos caminos. No había olvidado su oficio de arriero; además contaba con el apoyo de su gente.

En cualquier pueblo en el que se presentara era recibido con entusiasmo, como lo dicen estos versos:

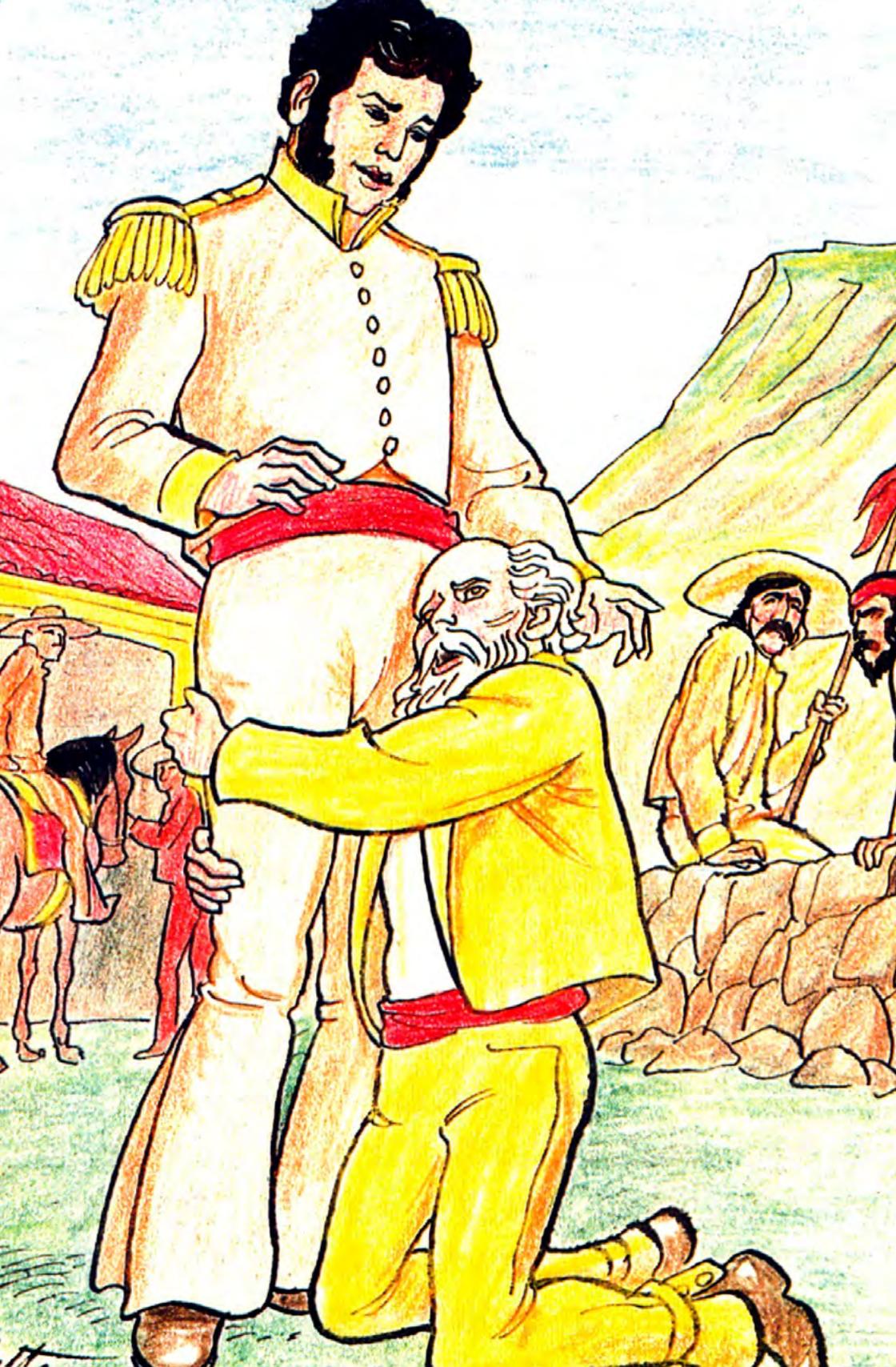
“Altivo pero sereno,
Llegaba un hombre en cuya faz
Se pinta el alma de un bravo
Tan notable como leal:
Es Guerrero el indomable

Hijo de la libertad:
Le sigue valiente tropa
Que al pueblo llegando va”.

Sus acciones militares iban en aumento, y hubo algunas derrotas también —como en Naranjos—, lo cual no desanimaba al jefe suriano. Estaba acostumbrado a las situaciones adversas desde que era niño, cuando tenía que trabajar en el campo o arriando mulas de carga. Además era fiel heredero de la tradición de Morelos: no darse por vencido.

Mientras muchos habían abandonado la lucha, gracias al perdón que el virrey Juan Ruiz de Apodaca ofrecía a los insurgentes, Guerrero se mantenía firme. Fue objeto de una feroz persecución por parte de los realistas, que no dejaban ni un minuto en paz.

Guerrero se había convertido en un símbolo; lo combatían no sólo porque representara un peligro militar sino porque era un ejemplo a seguir: el de la lucha por la independencia de la patria, porque se acabaran los privilegios y hubiera igualdad entre todos los hombres sin importar su raza.



Ni su padre lo pudo convencer para que abandonara la lucha. A nombre del virrey fue a buscarlo. Tomó una mula y se encaminó por veredas. De repente, un hombre armado le cortó el paso:

—¿A dónde va, venerable anciano?

—Vengo a buscar a mi hijo —respondió el viejo.

—¿Y puede decirme quién es su hijo? —preguntó el hombre.

—Vicente... Vicente Guerrero —contestó el viejo.

A lo lejos se escuchó una voz que gritaba:

—¡Padre ... Padre mío!

—¡Hijo de mi alma!

Los dos se abrazaron con los ojos llenos de lágrimas; luego se encaminaron a la sombra de un árbol cercano para platicar. El viejo don Pedro eludió la plática familiar y empezó a hablarle a Vicente de la conveniencia de que dejara la lucha insurgente.

—Si aceptas y te retiras de esta guerra cruel —dijo don Pedro—, el gobierno te perdonará, te reconocerá el grado militar que has alcanzado y podrás vivir tranquilo.

—Padre, aunque los hombres pasen, las ideas perduran —contestó Vicente—. La patria me necesita;

esta causa no es mía sino de todos los que aman la libertad.

El viejo don Pedro, dispuesto a alcanzar sus propósitos, se arrodilló ante su hijo y llorando le pidió que reconsiderara su respuesta. Vicente, acariciando la cabeza de su padre, se dirigió a sus soldados y con voz firme dijo:

—Soldados, ¿veis a este anciano respetable? Es mi padre. Viene a ofrecerme empleos y recompensas a nombre del gobierno. Y lo he respetado siempre pero *mi patria es primero*.

El viejo se volvió, cabizbajo, por la misma senda por la que había venido. Su hijo Vicente le dio una lección de honradez y valentía al rechazar sus ofrecimientos. Primero estaba el ideal por el que luchaba y luego los intereses personales.

CONTINÚA LA LUCHA

En 1818, las tropas de Guerrero batieron a los realistas de Armijo en Tamo, arrebatándoles gran cantidad de armas y equipo suficiente como para armar a mil ochocientos hombres.

Los triunfos militares iban en ascenso. Las tropas al mando de Guerrero salieron victoriosas de las batallas de Santa Fe, Tetela del Río, Huetamo, Tlachapa y Cuautotitlan. ¿Quién podría decir que la revolución estaba vencida? Guerrero había cumplido la orden de Morelos; cuando menos en el sur, la lucha continuaba.

Para mayor movilidad de sus tropas, Guerrero las dividió en tres grupos: uno, a cargo de Bedoya, se encaminaría hacia Valladolid; otro, al mando de Montes de Oca, se quedaría en la costa, y, el tercero, al mando del propio Guerrero, iría rumbo a Chilapa.

Habían pasado nueve años desde que Guerrero se uniera a la causa de la independencia. Durante ese tiempo ocurrieron muchas cosas. Muchos de los compañeros habían abandonado la lucha; pero ésta no se detuvo gracias a hombres como él y a las nuevas generaciones. Otra nueva generación de revolucionarios había surgido dándole nuevos impulsos a la lucha iniciada por Hidalgo y Morelos.

Transcurría el año de 1820.

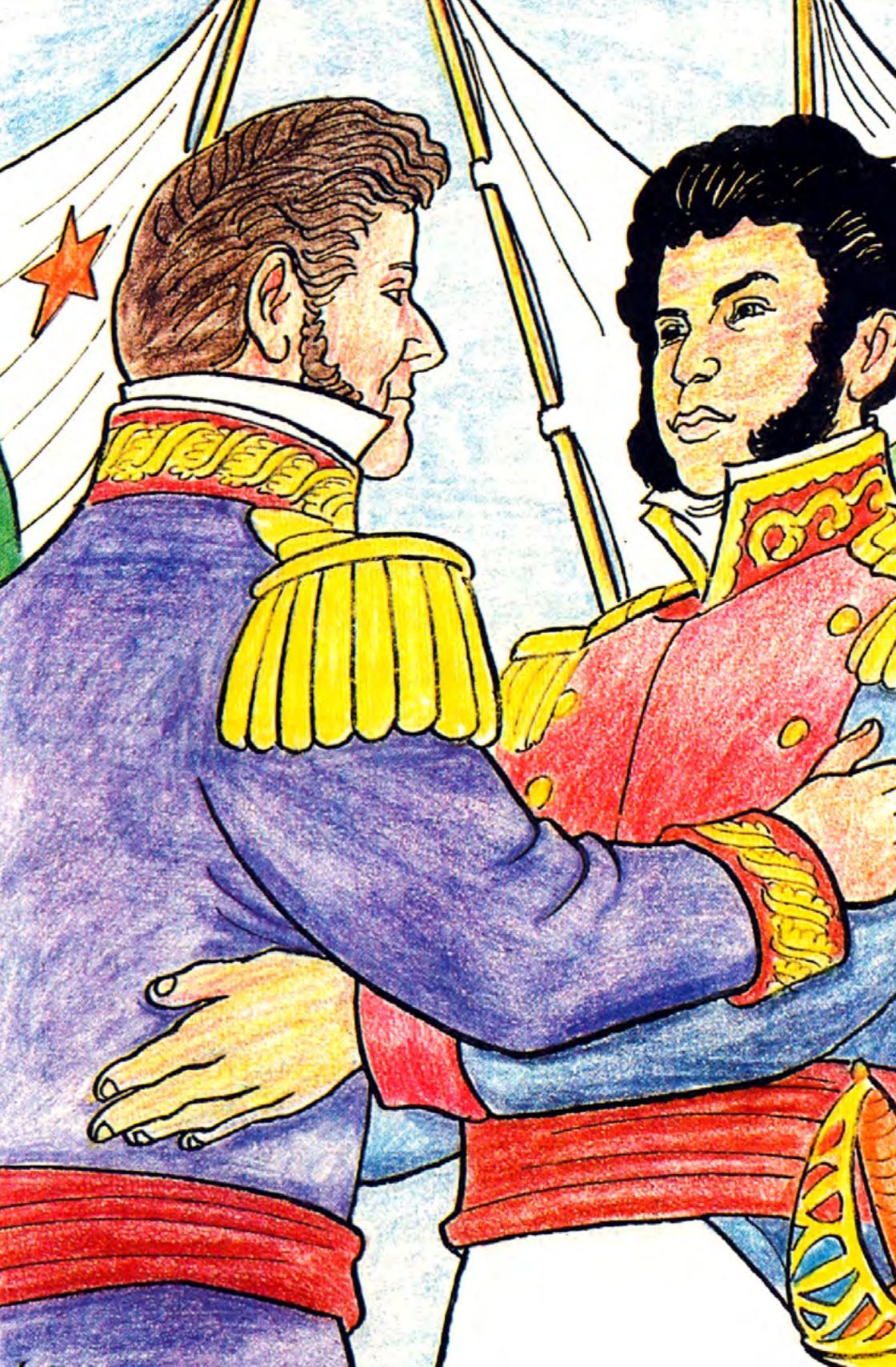
LA ALIANZA DE DOS JEFES

Como jefe realista, Agustín de Iturbide fue enviado a combatir a las fuerzas de Guerrero. Los primeros ataques ordenados por Iturbide fueron un fracaso, pues los insurgentes le causaron un gran número de bajas.

Después de varios meses, Iturbide se dio cuenta de que derrotar a Guerrero era casi imposible. Le envió una carta pidiéndole que se rindiera para evitar derramar más sangre de hombre valientes.

Guerrero le contestó, con su sinceridad y su honradez características, que él y sus hombres seguirían luchando mientras no vieran a la patria libre e independiente de España. Exhortaba a Iturbide a la lucha por la libertad, ya que él, como hombre nacido en esa tierra, también debía luchar por ella.

Iturbide se dio cuenta de la oportunidad que le estaba brindando Guerrero: ser el hombre que consumase la independencia. Era tal la lealtad con



que se conducía Guerrero, que estaba dispuesto al sacrificio para que otro culminara por lo que él había luchado tanto.

Guerrero e Iturbide se entrevistaron en Toluca el 14 de marzo de 1821. Al encontrarse se dieron un abrazo para sellar su alianza. Iturbide fue el primero en hablar, dirigiéndose a los presentes:

—No puedo expresar la satisfacción que experimento al encontrarme con un patriota que ha sostenido la noble causa de la independencia y ha sobrevivido a tantos desastres, manteniendo vivo el fuego sagrado de la libertad.

—Yo, señor —dijo Guerrero—, felicito a mi patria porque recobra en este día a un hijo.

Después, dirigiéndose a sus soldados, les dijo:

—¡Soldados! Este mexicano que tenéis enfrente —señalando a Iturbide— jura defender los intereses nacionales. Yo, que os he conducido a los combates y de que quien no podéis dudar que moriría defendiendo la independencia, soy el primero en reconocer al señor Iturbide como primer jefe de

los ejércitos nacionales. ¡Viva la independencia!
¡Viva la libertad!

En Iguala, Iturbide juró lograr la independencia del país, defender la religión y guardar la paz entre los mexicanos. Y Guerrero, ¿dónde estaba? ¿Qué le había pasado?

Con su asombrosa abnegación, Vicente Guerrero se había puesto en segunda fila. Su generosidad era extraordinaria; no le importaba renunciar al lucimiento personal con tal de lograr el sueño anhelado desde 1810: *la independencia*. Su corazón no ambicionaba nada para él.

Los antiguos insurgentes volvieron a la lucha a dar el último esfuerzo para el logro de la libertad.

El último virrey, Juan de O'Donojú, al desembarcar en Veracruz se encontró con la unión de los ejércitos de Guerrero e Iturbide. Enseguida solicitó una entrevista con este último para firmar los Tratados de Córdoba, terminando con tres siglos de dominación española.

Cuando el ejército de las Tres Garantías entró a la Ciudad de México, la multitud vitoreaba a Itur-

bide como un héroe. Guerrero pasó inadvertido; nadie parecía recordar al hombre que había mantenido encendida la llama de la lucha durante los momentos más difíciles:

“Tu aislamiento será gloria
Y gloria que no perezca,
Cuando el único la historia
Te señale justiciera”.

LOS PRIMEROS AÑOS

Los primeros años del México independiente fueron muy difíciles. buscaba una forma de gobierno que fuera buena para los mexicanos. Primero se propuso una monarquía (gobierno encabezado por un rey o emperador), en la que Iturbide se nombra emperador.

Sin embargo, muchos no estaban de acuerdo con esto, sobre todo los antiguos insurgentes, como Guerrero, Nicolás Bravo y Guadalupe Victoria.

Los largos años de guerra habían desquiciado y empobrecido al país; el gobernarlo resultaba



una tarea difícil. El descontento fue en aumento y el emperador tuvo que renunciar y salir al extranjero.

Un gobierno encabezado por tres personas, llamado Triunvirato, tomaría las riendas de la nación en 1823. Después se declararían la República, regida por la Constitución de 1824. El gobierno sería electo por medio del voto del pueblo y lo encabezarían un presidente y un vicepresidente.

Por primera vez en su historia, México tenía un gobierno electo popularmente. Guadalupe Victoria fue el primer presidente y Vicente Guerrero, vicepresidente. Después de tantos años de lucha, Guerrero veía hecho realidad el ideal por el que había peleado y por el que tantos hombres habían dado su vida.

Al término del gobierno de Victoria, Guerrero se presentó como candidato a la presidencia. Tenía numerosos partidarios y se sentía seguro del triunfo. No obstante, salió electo Manuel Gómez Pedraza.

Hubo inconformidad por el resultado; los partidarios de Guerrero alborotaron a la gente y és-

tos saquearon los comercios ubicados en El Parián. Guerrero nada tuvo que ver en esto. Ante los disturbios callejeros, el Congreso nombró a Guerrero como presidente de México.

EL PRESIDENTE

El gobierno de Guerrero fue corto, duró apenas ocho meses, en 1829. Algunos sectores de la población criticaban a Guerrero por no poner orden en el gobierno y lo acusaban de débil. El sabía que mientras la mala situación económica no se solucionara, ningún gobierno duraría mucho.

Durante su mandato, enfrentó un intento de “reconquista” por parte de España, el cual fracasó. El vicepresidente Anastasio Bustamante, antiguo realista, desconoció a Guerrero como presidente con el apoyo del Congreso, quien lo declaró incapaz para gobernar.

Así se le pagaba a un hombre cuyo único delito era ser fiel a la patria. Guerrero dejó la presidencia el 16 de diciembre de 1829. Volvió al sur, ahí donde era querido y respetado.

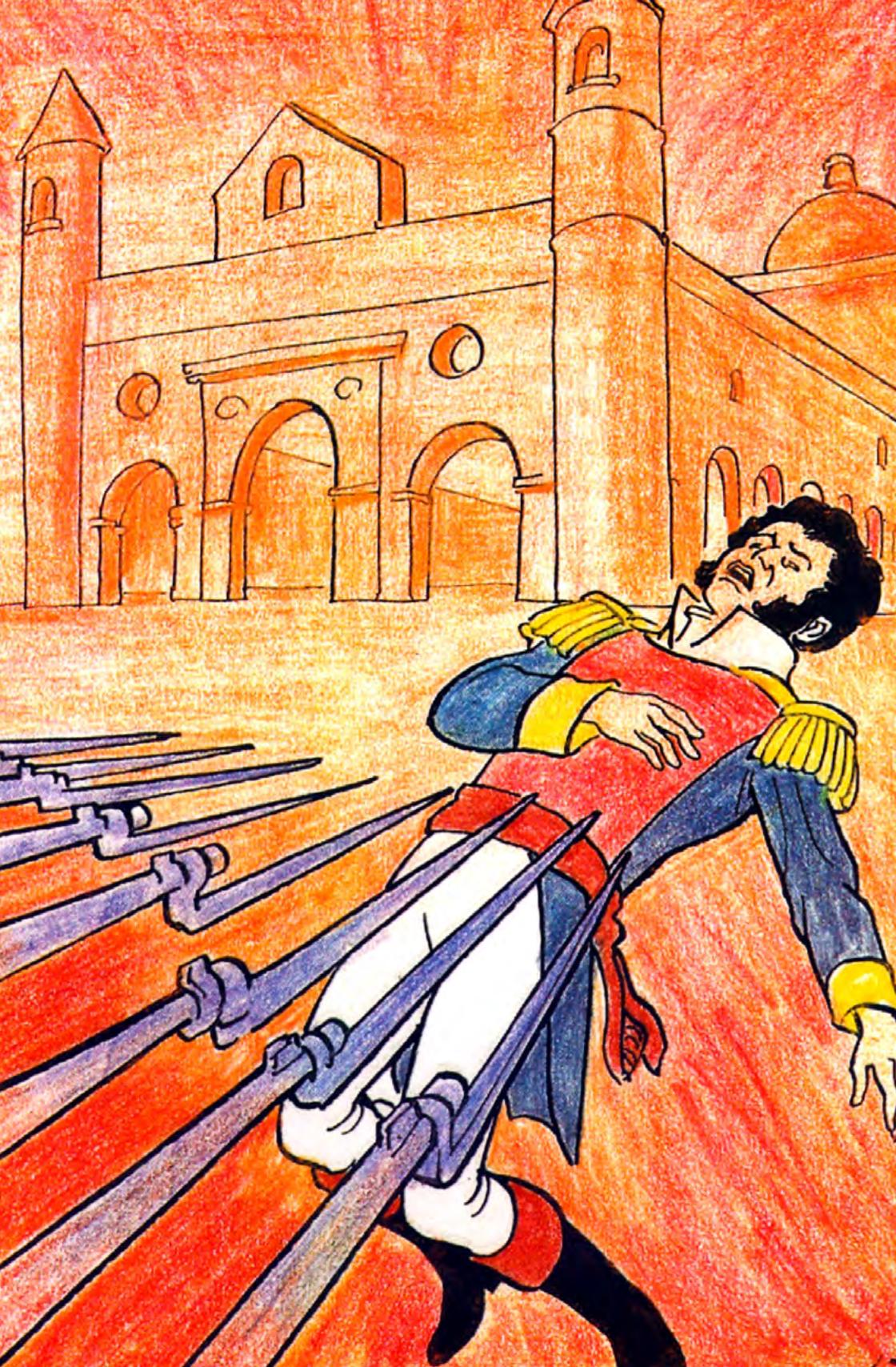


Con el apoyo de su gente, organizó una fuerza militar para combatir al gobierno de Bustamante. Sabedor éste de los problemas que le traería esta acción, lo mandó combatir, pero sin resultado positivo.

Vicente Guerrero fue víctima de una trampa que le tendió el marinero italiano, amigo suyo, Francisco Picaluga, al invitarlo a comer a su barco, El Colombo. Picaluga entregó a Guerrero a las autoridades militares de Oaxaca, donde se le formó un juicio y fue condenado a muerte.

Se le condujo a Cuilapan, Oaxaca, donde, el 14 de febrero de 1831, vio por última vez la luz del día. Había muerto el último caudillo popular de la Independencia, el hombre por cuya tenacidad y cuyo empeño se había mantenido viva la lucha por la independencia.

Ayer, como hoy, la vida de Guerrero es un ejemplo de coraje, de valor y de fe en la libertad. La figura de Vicente Guerrero estará siempre presente:



“Valiente, aguerrido, fiero,
Sin municiones, sin armas,
Con su voluntad inmensa
Más grande que su esperanza...
Un hombre aparece entonces
En el confín de la patria;
Como el náufrago aparece
El faro tras la barraca;
Como en medio de los campos
Al caminante que anda
Perdido en lóbrega noche,
Era Vicente Guerrero
Que en borrascosas sierras altas
Defiende de un pueblo él solo
Las libertades sagradas...”.





Vicente Guerrero

MARTÍN LÓPEZ ÁVALOS

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México el 14 de febrero de 2021,
en el 190 aniversario luctuoso de Vicente Guerrero,
durante la pandemia covid-19, en cuarentena..

Vicente Guerrero fue el hombre, el suriano, el criollo, el afroamericano, el arriero, el insurrecto, el rebelde, el guerrero, el jefe de hombres, el vencedor, el indeclinable, el líder popular, el significativo de la otredad, el político, el presidente, el admirado, el denostado, el traicionado, el fusilado, el reivindicado; fue circunstante voluntario e involuntario, un espejo de nuestro pasado. Con este libro y la biografía que contiene, lo recordamos porque su vida es signo de una transformación profunda, de lo que histórica y unificadamente se forjó como México, nuestra tierra, nuestra comunidad y nuestro país.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INEHRM